POEMAS DEL REGRESO

POR

JOSE CARLOS GALLARDO

VELETA EN EL AMANECER

La rosa se ensanchó, circo de viento
gallo volante y frenesí tejado.
En todo lo alto, un sueño disecado
y un venir de ciudad a cielo lento.

En todo lo alto, un gallo firmamento
y un lucero en su paz atravesado;
cruza un río de aurora salpicado
y un día de punta, cresta de ardimiento.

En todo lo alto, paso de cigüeña,
Dios lleva el vidrio viento de la mano,
de este a oeste, como un claro río.

En todo lo alto, solo, el cielo sueña;
y un ángel fija de lucero humano
el viento amanecer y el canto frío.

RETRATO DE MI PADRE

Como una puerta, era alto y misterioso.
Pasaba por las cosas, desvelándolas.
Una música oculta guardaba entre los dedos.
Era un hombre llevado por el vino
y por la tierra. Nadie vió sus ojos,
porque un día se le cayeron dentro.
Palpaba la esperanza en las palabras.
Le oí hablar de Andrés Segovia, de
Juan Breva, Falla y nombres de diario.
Tenía una guitarra; dentro, un pan
y tres hijos. Tenía madrugadas
con hojaldres para dorar el sueño.
El tenía una infancia hasta los labios,
niño junto del todo para ser amigo.

A veces, iba entre los muebles,
con la luz apagada y con las manos
apoyadas en unos ángeles lazarillos.
A veces se nos iba, como un conquistador,
con la sombra en la mano para prenderla en la luz.

Siempre, su labio era un seguro mar
donde tenía la muerte echada el ancla.

Un día pregunté por él:
supe que fué a vivir todo el recuerdo junto.

NIÑO CON «VOLAERA»

Niño avión con su pequeña altura,
repentino ciclón sobre la mano;
niño creador de viento, aire vilano,
fantástico molino de aventura.

Ojo moliendo su visión más pura,
su harina sin edad, pan de verano;
niño solo volando sobre el llano,
rueda de ángeles y humo de hermosura.

Por las placetas va de nebulosa,
lejana estrella de papel primero
que acaba de inventar velocidades.

Ella me trae un viento—paz ruidosa—
girando en el perdido callejero
de mis, un día, tristes claridades...

MI RIO GENIL

Hecho de huidizas pobladoras ranas,
mi frecuentado río más que escuela,
río en paz, soñador de agua y estela,
gran secante de todas las mañanas.

De él fueron mis huídas más lejanas,
caballo por la orilla y viento en vela,
mi corazón moliendo su cancela,
mis ojos preparando sus guadianas.

Lo pienso de cereza y de membrillo,
agua súbita y sueño para un año,
con un puente mecano entre la prisa.

Lo sé de musgo y de cristal sencillo,
río de cuya espuma yo me empaño
cuando le tiendo un puente en mi sonrisa.

NIÑO PERDIDO

Niño que a ratos se pensaba un hombre,
rayo de cuna que aún no pensaba como tierra;
niño deshabitado sin más pájaros
que los del cielo;
niño acabado, requiem niño eterno,
¡cómo me lloro al verte por mis calles
sin recobrar tu piel henchida de jinetes!

Hoy vuelvo, descendido hombre callado,
escuchando las rejas, los portales
y los codos heridos y los libros naufragados.
Hoy vuelvo porque siento que te llevo aplastado
bajo mi duro corazón crecido,
y es necesario darte brazos con alas.
Hoy vuelvo porque sé que nada es fácil.
y que un regreso es levantar la frente en ruinas.

Esas calles, despintadas en mi alma,
lentas esquinas que se han ido cayendo solas;
esos trancos secretos y crepúsculos,
tribunas de ilusión y vientres de la guerra;
esos balcones cárceles de tanta prisa azul,
meriendas con caballos que esperaban en la puerta.
¡Esos, esos perdidos para siempre
ojos sin tierra hechos de una sola palabra!

Ahora, emborronados cielos de mi frente
puestos a contemplar mi huído vuelo:
mi cielo regresando con todas sus estrellas,
con todas sus canciones circulares,
porque el amor me ha dado este recuerdo
de la forma perdida para siempre.

Niño que en mí quedaste
roto en un juego,
tristemente llorando desde la oscura puerta;
niño que se quedó sin mar y hablándole,
porque la espuma se le fué a la risa;
niño que se perdió los ojos y aún mira,
porque la luz se le quedó por dentro:

¡Dios te regrese y vuelva a ponerte en mis manos
para bajar cantando por la calle!

VOLVI UNA NOCHE

Una noche me vi la soledad:
no sé quién se murió en mi cuerpo. Un día
me vi la vida como un pie muy largo:
yo no sé quién me habló de la otra alma.
Un día me vi el sueño de puntillas
sobre el labio, y me vi de corazón
que sacaba los brazos, y me vi
con el cuerpo cortado sobre otro hermoso cuerpo.
¿Quién me ha dicho que sobre la mirada
un instante me brilla un niño como una estrella?
Sé que mi luz proviene de los árboles,
que baja de los ojos más lejanos:
luz astilla de tanto leve azote,
de tanta mano madre, luz portera
hecha rabiosa arena que arrojaban al juego.

Niños amigos que se me perdieron,
hombres fugaces de mi perdido cielo vaciado,
luces vaivenes que me harinan
el triste pan azul de mi recuerdo;

niños, ¿qué sois después de tanta vida,
hoy llenos de hombre arado y sueño caído?
¿Qué luz os queda de aquel tiempo,
hora rayuela y sin reloj la vida?

Volví una noche en vuestra busca
y estaba la ciudad llena de polvo,
un mueble viejo dentro de mi alma.
Busqué la niña de nuestro primer tiempo largo,
y me encontré el portal bajo una lágrima.
Busqué el primer castillo, el primer libro,
y me encontré la calle con media tierra encima.

De pronto, me di cuenta de que todo era otra cosa,
que había hijos andando por nuestras propias sombras,
que los relojes eran ya de tiempo entero
y que el alma era ya casi un pedazo de cuerpo.

Comprendí que mi vida ha sido ir diciendo un nombre
y esperar que se caiga por su propio peso.

Ahora sé que soy un río que va de espaldas
porque me duele la frente cada vez más lejos.

José Carlos Gallardo.
GRANADA (España).